

Consejo Mundial de Iglesias
COMISIÓN DE FE Y CONSTITUCIÓN

*Comisión Plenaria de Fe y Constitución
Kuala Lumpur, Malasia
26 de julio - 6 de agosto 2004*

Intervención del secretario general del Consejo Mundial de Iglesias

Samuel Kobia

Miembros de la Comisión Plenaria, distinguidos invitados, hermanas y hermanos:

El tema de su reunión es «Recíbanse los unos a los otros, como también Cristo nos recibió, para gloria de Dios», y comienzo por agradecerles que me hayan recibido, en mi calidad de secretario general de la Consejo Mundial de Iglesias, deseándoles que la reunión sea fructífera.

Espero aportar a su labor de tres maneras; en primer lugar, afirmando la búsqueda de la unidad visible y compartiendo con ustedes cómo entiendo el papel de Fe y Constitución y el lugar que ocupa en el Consejo Mundial de Iglesias; en segundo lugar, exponiendo mis propias reflexiones sobre el tema de su reunión, y en tercer lugar, comunicándoles las inquietudes que estos días agitan mi corazón.

I. La búsqueda de la unidad: Fe y Constitución y el Consejo Mundial de Iglesias

Creo que el tema de esta reunión está lleno de promesas y retos. Ustedes representan una gran variedad de iglesias y confesiones, órganos eclesiásticos, algunos de los cuales siguen divididos, a pesar de los maravillosos avances ecuménicos del siglo XX. Y ustedes reflejan, en su diversidad humana, un gran abanico de culturas, experiencias históricas, perspectivas y modos de ver, cuestiones que nos dividen con demasiada facilidad. No obstante, en virtud de su dedicación por nuestra fe común en nuestro Señor común, se han comprometido a recibirse los unos a los otros para mirar más allá de sus divisiones y obrar juntos por la unidad visible de la iglesia para mayor gloria de Dios. Este compromiso con la unidad, a pesar de todo aquello que nos ha dividido en el pasado, es un milagro y traduce la labor del Espíritu de Dios entre nosotros.

Las iglesias son una en Cristo; la vocación de Fe y Constitución es ayudarles para lograr que su unidad sea más visible y su testimonio y su servicio, más eficaces. Esta no es una de las tantas tareas ecuménicas sino una tarea fundamental, pues guarda relación con cada aspecto de la vida y el llamado de las iglesias. Esto último se afirma en el Artículo 3.1 de su reglamento que estipula que el objetivo de Fe y Constitución es «proclamar la unicidad de la Iglesia de Jesucristo y llamar a las iglesias a obrar por la unidad visible de una sola fe y una sola comunión eucarística expresadas en el culto y en la vida común en Cristo...»

Sé que Fe y Constitución ha obrado por la unidad en dos esferas que están estrechamente relacionadas. La primera es la reflexión sobre las clásicas divisiones teológicas e históricas entre las iglesias, labor técnico-eclesiológica por la cual es tan conocida.

La segunda es la labor relativa a las divisiones de la comunidad humana —entre razas, hombres y mujeres, grupos étnicos, nacionales y económicos— que se imponen en la vida de la iglesia en cuanto comunidad de seres humanos que viven en el mundo. Y esta labor pertenece igualmente a su vocación en pro de la unidad, tal como se reconoce en el Artículo 3.2 a) de su reglamento, invitándoles a «examinar aquellos factores culturales, políticos, raciales u otros que inciden en la unidad de la iglesia.»

Habiendo seguido Fe y Constitución a lo largo de los años, constaté cómo se iba percatando de que ambos aspectos de su labor van unidos, que ambos son elementos esenciales de una sola búsqueda de la unidad visible de la iglesia. De ahí que todos sus estudios aborden la vida de la iglesia en su conjunto, tanto en lo que se refiere a su labor anterior sobre bautismo eucaristía y ministerio; fe apostólica; la iglesia y el mundo, como a los esfuerzos más recientes en materia de eclesiología; hermenéutica; identidad étnica y nacionalismo en relación con la unidad; bautismo; antropología; culto, y paz y testimonio de la iglesia en un mundo violento.

La unidad no es un aspecto de la identidad y la vida de la iglesia, es su identidad y su vida. Por lo tanto, la búsqueda de la unidad debe repercutir también en la misión de las iglesias; la formación en la fe; la consecución de la justicia y la reconciliación en un mundo violento, y la labor diaconal, es decir, en todas aquellas esferas donde la iglesia trabaja y da testimonio en el mundo actual. Y este es, a mi juicio, el núcleo del aporte de Fe y Constitución al Consejo Mundial de Iglesias en su conjunto: su insistencia en que la búsqueda de la unidad de la iglesia debe repercutir en toda la labor del Consejo Mundial, ya sea en la misión, la educación, el testimonio profético o el servicio diaconal. El CMI recibe ese recordatorio de que la unidad visible de la iglesia está en el centro de su vocación de consejo de iglesias.

Ahora bien, si la unidad es fundamental para la manera de entender la misión, la educación, el testimonio y el servicio diaconal, lo inverso también es cierto, pues todos ellos son fundamentales para nuestra manera de entender la unidad. La búsqueda de la unidad debe ser nutrida e influida por la experiencia de las iglesias en la misión, la educación y cada aspecto de su vida, testimonio y servicio. Y ese es, por decirlo así, el aporte esencial del Consejo Mundial de Iglesias a Fe y Constitución: la insistencia del Consejo Mundial en que la búsqueda de la unidad visible debe nutrirse de la experiencia de las iglesias en todas las dimensiones de su vida. En lo que se refiere a la labor diaconal, por ejemplo, cuando nos recibimos y nos servimos los unos a los otros, también aprendemos algo sobre el significado de la unidad. Esperamos que Fe y Constitución pueda recibir ese recordatorio del verdadero alcance de la unidad visible a la que Cristo nos llama.

Aprecio que hayan respondido a ese «recordatorio» cooperando en el CMI con el equipo de Misión y Educación; Justicia, Paz y Creación; la labor relativa a las cuestiones del poder y la violencia, así como a las relaciones interreligiosas. Espero que Fe y Constitución entienda que dicha labor es complementaria de su labor habitual sobre los factores teológicos, históricos y humanos que dividen a las iglesias y que ustedes consideren esa labor cooperativa como un enriquecimiento de toda su labor.

Les invito a pensar en la vida de Fe y Constitución en el seno del Consejo Mundial desde la perspectiva del tema de esta reunión en lo que respecta a recibir. Les invito a pensar en la mutua interacción de los diversos equipos y corrientes del Consejo Mundial como un recibimiento mutuo, pues los equipos que levantan los retos que se plantean a las iglesias hoy en día, actúan según medios que le son propios, pero que están interrelacionados. Mediante esa interacción, estamos aprendiendo juntos la verdadera extensión y profundidad de un solo movimiento ecuménico. Y, en este proceso, también estamos aprendiendo a recibirnos los unos a los otros en Cristo.

II. El tema de la Comisión Plenaria: «Recíbanse los unos a los otros, como también Cristo nos recibió, para gloria de Dios»

En la segunda parte de mi intervención, quiero ofrecer algunas reflexiones sobre el tema de esta reunión. En primer lugar, quiero señalar que la noción de recibir es muy potente y enriquecedora para mí, personalmente.

Karibu; Karibu tena; Karibia. Estos tres términos se utilizan a diario en Kenya, Tanzania y otros países de lengua suahili de África central y oriental. Ahora bien, el concepto es aplicable al resto de África. *Karibu* es la palabra utilizada para dar la bienvenida a un invitado y también está asociada a la fórmula para despedirlo: *Karibu tena*. La palabra inglesa

*welcome*¹ es un pálido equivalente de *Karibu*, porque si bien es el término utilizado para recibir a alguien, también es una invitación a que se acerque más para dialogar. Ese diálogo comienza por saber cómo está el invitado, para luego interesarse por la salud y el bienestar de su familia. También se hacen preguntas sobre el estado del ganado e incluso de los cultivos en los campos. Pero esa es tan solo la introducción, el ejercicio de calentamiento, porque el diálogo puede proseguir ahondando en cuestiones sobre la vida. A tales efectos, uno es llamado a *Karibia*, a acercarse aún más para luego entablar una verdadera charla.

En esa charla nos adentramos en discursos éticos, en particular, acerca de lo que se ha de hacer respecto a lo compartido después que a uno se le ha dicho *Karibu*. La idea que subyace en el término *Karibu*, es propiciar el compartir mutuo de alegrías y problemas; pero también se trata de buscar juntos la solución de esos problemas. Además, denota la responsabilidad personal entre individuos a la cual se atiende la comunidad. *Karibu* forma parte de ese legado africano que requiere que cada quien sea una persona acogedora en el seno de la comunidad que también es acogedora. Esto forma parte de la ética comunitaria que hace hincapié en que el individuo siempre tiene el deber de reflexionar sobre lo que es beneficioso para él, para el vecino y para la comunidad en su conjunto, así como sobre aquello que conduce a la participación común: el bien duradero de todos. En lo que se refiere a la ética comunitaria, cabe subrayar la relación recíproca entre la comunidad y el individuo. Nadie puede optar por vivir fuera de las normas establecidas por la comunidad, porque ser significa estar en buena relación con todos los otros miembros de la comunidad. Uno tiene el placer de decir *Karibu* a todo el mundo, incluidos, y sobre todo, los extranjeros, porque lo mismo es recíproco. Esta «economía de afección» minimiza la ansiedad de los miembros de la comunidad, individual y colectivamente.

Habida cuenta del telón de fondo de una creciente xenofobia y esa imagen del enemigo que evoluciona en muchas partes del mundo, se servirá mucho mejor a la humanidad nutriendo el concepto de *Karibu que considera el acto de recibir al extranjero como una bendición. En un mundo fragmentado donde la sospecha y el odio, junto con la exclusión y el rechazo, caracterizan el comportamiento y las relaciones humanas, esta reunión de la Comisión sobre el tema de la hospitalidad es oportuna y apropiada. El movimiento ecuménico respondió con determinación, sensibilidad y creatividad a las mayores crisis que atravesó el mundo en el siglo pasado. Este intento de una «teología de la hospitalidad» puede ayudar al movimiento ecuménico a encontrar medios concretos de intervenir frente a los nuevos retos y realidades del siglo XXI.*

El tema de la reunión también es un llamamiento a recobrar una forma de discipulado que, a menudo, se deja de lado en la búsqueda de un sentimiento de identidad en un mundo cuya pluralidad no cesa de aumentar. Además, señala la necesidad de ampliar nuestras cosmovisiones, estructuras teológicas, fronteras eclesiológicas, percepciones de los otros e, incluso, las percepciones de nosotros mismos, para experimentar lo que Dios ha hecho en Jesucristo. Cabe destacar el carácter cristológico del tema, el acto de salvación de Dios en Cristo es un acto de recibirnos, acogernos y aceptarnos a pesar de nuestras peculiaridades. Este tema también nos llama a arrepentirnos por nuestro fracaso de reciprocarnos la bondad de Dios al relacionarnos unos con otros, y de ver y presentar la infinita gracia de Dios dentro de los estrechos confines del dogma y la tradición. Asimismo, este tema nos muestra la necesidad de transformar todas las estructuras de las relaciones, de las más amplias a las locales, pasando por las estructurales y las profundamente personales.

Y ahora, un segundo comentario sobre el tema de la reunión. Estoy convencido que este tema, tal como planteado por San Pablo, particularmente, en Romanos, es muy útil, pero también muy desafiante para las iglesias hoy en día. El hecho que me impresiona mucho es que estemos llamados a encarnar y emular la manera de recibir de Cristo: «Recíbanse los unos a los otros, como también Cristo nos recibió», dice San Pablo.

Entonces, no estamos llamados a recibirnos de manera mundana, la manera habitual que reservamos a aquellos con quienes nos sentimos a gusto porque su aspecto, pensamiento o manera de actuar se asemejan a los nuestros. ¿Hasta qué punto la manera en que

¹ N. de T. Referencia a la cita de la Biblia en inglés que es el tema de la reunión: *Welcome one another, just as Christ has welcomed you, to the glory of God.*

«recibimos» a los otros es, en realidad, una cuestión de reforzar nuestros propios valores y nuestra propia seguridad?

Ahora bien, cuando recibimos como lo hizo Cristo, entramos en otro mundo de comprensión y acción. Consideren conmigo por un momento a quienes recibió Cristo. Además de sus discípulos y seguidores —¡ya una mezcla de humanidad!— recibió al pobre, el descastado, la samaritana, el pecador. Y a todos ellos les desafió y les llamó a una nueva comunidad de compromiso y servicio: nadie siguió siendo el mismo, después de haber sido recibido por Cristo. Esa comunidad no se fundaba en las simpatías y antipatías de sus miembros, sino en el hecho de que Cristo les hubiera recibido, en toda su diversidad, y les hubiera llamado a sí. ¡La manera de recibir de Cristo impugna nuestras maneras cómodas! Tomando como modelo ese recibimiento de Cristo, a las iglesias se les plantea el reto de profundizar en la comprensión de lo que significa ser humano y vivir en una nueva comunidad de confesión, culto, testimonio y servicio comunes. Osemos preguntarnos, ¿qué significa esto para nuestra manera de entender la unidad visible, hoy en día, y cómo incide en la búsqueda de esa unidad por parte de las iglesias?

Indudablemente, tiene profundas repercusiones en nuestra manera de entender la vida y el testimonio de la iglesia en el mundo actual. Puesto que encarnan la manera de recibir de Cristo, no la mundana, las iglesias, a veces, cuestionarán al mundo y su forma de proceder. Esto también se aplica al desarrollo económico y cultural que predomina en el mundo y lo modela en esta época de creciente «globalización» del comercio y la comunicación.

No nos quejamos de los avances que benefician a la humanidad y mejoran la calidad de la vida en este planeta que ha hecho el Dios creador; pero, puesto que estamos llamados a recibir como lo hizo Cristo, no podemos aceptar sistemas económicos y políticos que benefician a determinados grupos a expensas de otros, reservan los recursos mundiales a grupos privilegiados en detrimento de los demás y ensanchan la brecha entre quienes «tienen» y quienes «no tienen». Impugnamos aquellos movimientos que practican el recibimiento mundano y lo ofrecen a unos pocos, dividiendo a la humanidad y excluyendo a aquellos grupos que no se consideran «aptos» desde el punto de visto económico.

Frente a estos «principados y potestades», las iglesias están llamadas a practicar un recibimiento radicalmente distinto que nutra a la comunidad de fe en su confesión, alabanza, vida, testimonio y servicio comunes. Tenemos mucho que aprender unos de otros, al recibirnos los unos a los otros como lo hizo Cristo, a pesar de nuestras diferencias de historia, convicción y cultura. Tenemos mucho que aprender unos de otros colaborando en la reflexión teológica, así como en el testimonio común y el servicio diaconal. Ese recibimiento será, de hecho, la base de una auténtica búsqueda de la unidad visible de la iglesia. ¡Una unidad visible para que todo el mundo la vea!

III. Aspectos del recibimiento: Cuatro cuestiones inquietantes

En la tercera y última parte de mi intervención, quiero plantear cuatro cuestiones que agitan mi corazón y mi mente en estos días. Todas son importantes a la hora de estudiar las próximas etapas del movimiento ecuménico y también están relacionadas con el tema de esta reunión.

La primera cuestión, acerca de la cual les invito a reflexionar desde la perspectiva de dicho tema, guarda relación con otro asunto que ocupará a las iglesias y el movimiento ecuménico en los próximos meses, es decir, el tema de la IX Asamblea del Consejo Mundial de Iglesias: «Dios, en tu gracia, transforma el mundo». ¿Qué vínculos creativos pueden establecer ustedes entre el recibimiento que Cristo reservara a unos y otros para gloria de Dios, y la gracia transformadora de Dios obrando en el mundo?

En otras palabras: ¿Cómo relacionar la cuestión de la unidad visible con el tema de la Asamblea? ¿Pueden ayudarnos a comprender cómo se relaciona la unidad visible de la iglesia con la gracia de Dios, la actividad transformadora de Dios en el mundo? Esta cuestión podría empezar a enfocarse desde la perspectiva de nuestro llamado a ser «colaboradores» de Dios en la transformación del mundo. ¿Podemos afirmar que sólo cuando nos recibimos

los unos a los otros y trabajamos unos con otros, viviendo y expresando nuestra unidad en Cristo, colaboramos verdaderamente con Dios en aras de esa transformación que Dios opera en nosotros y en nuestro mundo? Si es así, entonces, el tema del recibimiento puede hacer un rico aporte a la próxima Asamblea del Consejo Mundial. ¡Aguardo con interés el resultado de sus exploraciones!

Mi segunda inquietud es la necesidad de un proceso fiel y creativo para tomar conocimiento, e incluso recibir, en el sentido del tema de esta reunión, el Informe de la Comisión Especial sobre la Participación Ortodoxa en el Consejo Mundial de Iglesias. Abundan motivos de recibir este informe que puede leerse como una afirmación del programa y la labor de la Comisión de Fe y Constitución y, a la vez, como un reto para ambos. Un reto porque hila fino en cuestiones eclesiológicas fundamentales y también les invita a abordarlas. Estaría de más, subrayar la importancia de asuntos tales como la autodefinición eclesiológica de las iglesias miembros del CMI, o toda la realidad espiritual y eclesial de orar juntos.

Menciono estos tres puntos positivos. A pesar de tantas tensiones, la Comisión Especial confirmó que la cuestión de la unidad representa el núcleo de nuestra comunidad: la afiliación al CMI se describe en términos de dar cuenta los unos a los otros de lo que significa ser Iglesia, articular qué se entiende por «unidad visible de la iglesia» y expresar cómo las iglesias miembros entienden la vida y el testimonio que comparten a través de su afiliación al CMI.

Además, la Comisión Especial afirmó que en todas las esferas investigadas hay cuestiones eclesiológicas en juego: la respuesta a asuntos de carácter social y ético; la oración común en los encuentros del CMI; asuntos de afiliación y representación, así como la manera en que se toman las decisiones.

Por último, la Comisión Especial recomendó un cambio institucional sustancial, una verdadera transformación de la cultura institucional del Consejo. De ahí que la propuesta de adoptar un método para tomar decisiones por consenso no se base en argumentos institucionales, sino teológicos y espirituales: la meta no es que alguien «gane» un debate, sino que todos ejerzan una sumisión mutua, proponiéndose entender y expresar juntos: «cuál sea la voluntad del Señor» (Ef 5:17). Asimismo, la propuesta de establecer nuevos criterios teológicos en lo que respecta a las afiliaciones tiene por objetivo reforzar el carácter eclesial y espiritual del movimiento ecuménico y la concordia de las iglesias en el Consejo.

Por lo tanto, es importante promover la comprensión de la Comisión Especial y encarar con confianza todo lo que implica. Esto último no responde exclusivamente a preocupaciones ortodoxas; también es vital para toda la comunidad ecuménica porque lo que está en juego es nuestro «recibimiento».

Mi tercera inquietud guarda relación con la formación ecuménica. Se trata de una cuestión familiar para Fe y Constitución, porque sabido es que ustedes acostumbran recibir a «teólogos más jóvenes» y tratan de cultivar una nueva generación comprometida con la unidad visible de la iglesia y el movimiento ecuménico en su conjunto. ¡Lo cual celebro!

Sabemos que los «ámbitos de formación» habituales de dirigentes ecuménicos, tales como los movimientos de estudiantes cristianos, ya no suplen esa necesidad. Pero mi preocupación es más radical: mucho me temo que estamos frente a una pérdida, en todas las culturas, de información fundamental sobre la fe cristiana como opción viable para hombres y mujeres hoy en día. Regiones como Europa, donde podíamos contar, por lo menos, con un «conocimiento cultural» de la fe, se están convirtiendo en terrenos de misión, llenos de personas que nunca han oído hablar de fe. Actualmente, en muchas partes, ya no podemos dar por sentado ni siquiera ese conocimiento religioso, mucho menos el cristiano, que existía 20 años atrás. Muy pronto ya no hará falta formación ecuménica, sino formación en la fe y al nivel más elemental.

Por lo tanto, les invito a que siendo una Comisión con una larga trayectoria en la orientación de la fe para la próxima generación, se las vean con esta cuestión. ¿Qué relación existe entre la reflexión teológica y la formación básica en la fe? ¿De qué manera, la formación en

la fe puede ser una parte fundamental de nuestra reflexión teológica? Y la búsqueda de la unidad visible, ¿cómo puede responder a la acuciante necesidad de formación en la fe que existe hoy en día?

Mi cuarta y última inquietud dimana de la realidad del pluralismo religioso en nuestros días. No se trata de un fenómeno nuevo, pero debido al aumento de viajes, comunicaciones y fuerzas económicas cada vez nos percatamos más de la diversidad de creencias y prácticas religiosas. De ahí que para las personas y las culturas con distintas convicciones religiosas sea cada vez más indispensable encontrar medios de entenderse unas con otras y evitar que las diferencias degeneren en tensiones y conflictos.

Todo ello tiene que ver con el tema de esta reunión —recibirnos los unos a los otros— y con la vocación de esta Comisión de obrar por la unidad visible de la iglesia. Se plantean varios interrogantes: ¿Cómo se relaciona el recibimiento de Cristo con la totalidad del mundo creado por Dios? ¿Nuestro recibimiento tiene algún límite? ¿De qué manera nuestra labor fomenta una manera positiva de entender la unidad visible de la iglesia? ¿Cómo afirmar mejor el don de la unidad en Cristo sin tener que estar a la defensiva ni definirnos negativamente respecto «al otro» que es distinto a nosotros?

Aunque estos son asuntos muy complejos y sensibles, hoy en día, las iglesias deben hacer todo lo que esté a su alcance para encararlos fielmente. El hecho de que ustedes estuvieran dispuestos a reunirse en Asia, donde la realidad del pluralismo religioso sea, tal vez, más evidente, demuestra que reconocen la importancia de estas cuestiones y la necesidad de que formen parte de nuestra reflexión teológica.

IV. Conclusión

Antes de terminar, quiero volver al tema del recibimiento. Hace unos meses, en el primer viaje que hice en calidad de secretario general del Consejo Mundial de Iglesias, volví a Meru, el pueblo de Kenya donde nací. Y, en ese lugar donde me siento más en casa, fue recibido por aquellos a quienes pertenezco.

En nuestro llamado y en nuestro bautismo común, hermanas y hermanos, pertenecemos a Cristo y, puesto que todos le pertenecemos, nos pertenecemos unos a otros. En esa pertenencia común es que, a pesar de todas nuestras diferencias, podemos verdaderamente recibirnos «los unos a los otros, como también Cristo nos recibió, para gloria de Dios». Qué tengan el valor de obrar por la unidad de la iglesia que hace visible el recibimiento de Cristo ¡para que todo el mundo lo vea!